

Hacer la verdad

Por Maurizio Ferraris
(Traducción de Stefano Santasilvia)

En lo que sigue propongo una concepción de verdad estructurada según tres términos: ontología, epistemología y *tecnología* (este último como elemento ampliamente subestimado por los filósofos, y que permite el tránsito de la ontología a la epistemología, concediendo así de *hacer* la verdad). Según esta perspectiva, la verdad es el resultado tecnológico de la relación entre ontología (lo que hay) y epistemología (lo que conocemos).

Puedo explicarlo mediante un ejemplo de carácter vagamente peirceano. Dentro de un frasco tenemos 22 frijoles (ontología); los cuento (tecnología); enunció: “en este frasco hay 22 frijoles” (epistemología). El enunciado es verdadero. El frasco presenta un peso determinado (ontología); lo pongo por encima de una báscula (tecnología); afirmo “el frasco pesa 100 gramos” (epistemología). Esta afirmación también es verdadera. Si yo estuviera en los Estados Unidos diría que el frasco pesa 3 onzas y medio, y sería igualmente verdadero aún 3,5 y 100 sean dos números diferentes. Moraleja: la verdad se da de manera relativa con respecto a las herramientas técnicas de verificación, pero de manera absoluta con respecto a la dimensión ontológica a la cual hace referencia, y a la exigencia epistemológica que quiere satisfacer. Lo que, dentro del lenguaje común, definimos con “relativo” y “absoluto” indica, en la perspectiva que propongo, dos formas diferentes de dependencia de la verdad, con respecto a la ontología y a la epistemología.

De tal manera, la verdad depende de las proposiciones sin ser, por esto, relativa. Hay nieve blanca (o no hay) de manera independiente de alguien (ontología). Hay la afirmación “la nieve es blanca”⁴, que es verdadera (si la nieve es blanca), y que depende de la existencia de seres símiles a nosotros (es difícil pensar en la validez que la afirmación “la nieve es blanca” pueda tener para un murciélago): se trata de epistemología, un nivel no necesariamente correlacionado con la ontología, a pesar de lo que sostienen los partidarios de la hiperverdad y/o de la hipoverdad. Y sobre todo existen las operaciones que permiten relacionar la ontología con la epistemología, operaciones que yo llamo “tecnología” y que incluyen la observación de la nieve para averiguar si es blanca, el análisis químico de la sal para verificar si es de verdad cloruro de sodio, de descubrir si el culpable es el mayordomo, si la donación de Constantino es falsa, etc. Tenemos dos dominios bien distintos y una serie de operaciones que pueden (aún no necesariamente deben) ponerlos en comunicación.

Para aclarar de manera mejor mi teoría propongo una reforma terminológica preliminar. En el ámbito analítico, anticipada por la tradición misma, queda aceptada la distinción entre factores de verdad (*truthmaker*) y portadores de verdad (*truthbearer*); los primeros tendrían que constituir el fundamento ontológico de una afirmación verdadera (la nieve es blanca) mientras los segundos la expresión epistemológica de la verdad (la frase “la nieve es blanca”). Sin embargo, esta distinción se apoya en la identificación hiper-veritativa entre ontología y epistemología. En cambio, en la perspectiva que trato de proponer se puede dar realidad sin verdad pero no verdad sin realidad; de hecho, la verdad es precisamente lo que se hace, o sea el conjunto de las afirmaciones verdaderas que surgen de la realidad. ¿Qué quiero proponer? Una teoría positiva de la verificación. “Verificar” deriva de *veritas facere*, hacer algo verdadero. Hacer la verdad

⁴ Caputo, Stefano (2005), *Fattori di verità*, Milano, Albo Versorio.

tiene una doble cara: la del invalidar (si la nieve no es blanca) y del convalidar (si la nieve es blanca). Mediante esta concepción, propongo una inversión y una diferenciación ulterior: en cambio de considerar al fundamento ontológico como “factor de verdad”, como es la misma ontología la que otorga el material, propongo de indicar al estrato ontológico como “portador de verdad”; la función de “factor de verdad” pertenece, según lo dicho, a la tecnología que, efectivamente, se encarga de hacer la verdad. En fin, la función de “enunciador de verdad” (*truth-teller*, si queremos) pertenece a la epistemología.

Re-usando Peirce en sentido ontológico y no gnoseológico, propongo de llamar a los portadores de verdad con el nombre de “primeridad”: la ontología es la primera cosa que hay y que existe de manera independiente, lo que constituye la realidad y se compone de individuos; los enunciadores de verdad constituyen la epistemología, lo que conocemos y que siempre es una “segundidad” (algo que se sabe, o que se cree saber, con respecto a lo que hay: *τικατὰτινος*), constituye la verdad y se compone de objetos (objetos relacionales que presuponen sujetos del conocimiento); y los factores de verdad son, entonces, la “terceridad”: la tecnología desempeña el papel de mediador entre ontología y epistemología, a través de interpretaciones que usan esquemas y generan hechos. Hago un resumen en el siguiente esquema mientras en las próximas páginas desarrollaré una descripción más clara.

Portadores de verdad	<i>Primeridad</i>	<i>Ontología</i>	<i>Realidad</i>	<i>Individuos</i>
Enunciadores de verdad	<i>Segundidad</i>	<i>Epistemología</i>	<i>Verdad</i>	<i>Objetos</i>
Factores de verdad	<i>Terceridad</i>	<i>Tecnología</i>	<i>Interpretación</i>	<i>Hechos</i>

Portadores de verdad

Vamos a empezar con la *primeridad* que, desde un punto de vista ontológico no es la primera cosa que conocemos (como en cambio afirma Peirce), sino lo que hay independientemente de que lo conozcamos o menos. Esta primeridad no es lo indeterminado sino lo máximamente determinado, el individuo: el mundo está formado por individuos desde las partículas más elementales hasta los átomos y las moléculas, hasta los organismos más complejos. Estos individuos son lo que son independientemente de cualquier saber que tengamos de ellos; los individuos y sus interacciones constituyen el campo de la ontología, lo que hay, del cual más tarde, sin ninguna garantía, surgirán la epistemología, lo que sabemos, y la política, lo que hacemos como libres actores (supuestamente). La primeridad es precisamente la *ontología* cuyo carácter es la alternativa entre *existente* e *inexistente*. Parece poco pero en esta alternativa se fundan tres caracteres fundamentales de lo que hay: la no-enmendabilidad, la interacción y la emergencia.

La *no-enmendabilidad* define el *realismo negativo*, que no corresponde al realismo ingenuo por el cual la percepción nos permitiría un acceso verdadero a la realidad. La percepción no se configura como un acceso infalible a la realidad (pero tampoco sistemáticamente ilusorio); simplemente es la prueba de su resistencia. Yo no puedo transformar un objeto blanco en uno negro solo mediante la fuerza del pensamiento. Por lo menos tendré que apagar la luz: sin esta operación, que es una acción y no un pensamiento, el objeto blanco queda así como es. Todo esto confirma la no-enmendabilidad de lo perceptivo con respecto a lo conceptual que, en el caso específico, se presenta como no-enmendabilidad de la ontología con respecto a la epistemología. Ya sabemos que el palo por la mitad dentro del agua no está quebrado pero lo seguimos viendo así.

Ahora, tomamos en consideración al *realismo positivo* para el cual la realidad no es un noúmeno indeterminado; lo real posee carac-

terísticas positivas que se manifiestan a través de una circunstancia específica: seres dotados de sistemas perceptivos y de esquemas conceptuales diferentes –o hasta sin sistemas perceptivos, conceptos y esquemas interpretativos– pueden entrar en *interacción*. Si con “filosofía negativa” de matriz cartesiana (para la cual el mundo es material modelable que recibe forma mediante esquemas conceptuales) se quería quitar al mundo cualquier tipo de consistencia ontológica para reconducir todo al pensamiento y al conocimiento –y de allá dar comienzo a la reconstrucción del mundo *via* epistemológica–, mediante el realismo positivo será posible partir de la ontología para fundar una epistemología. Esta, accediendo al mundo social, puede y debe devenir constitutiva (los seres humanos hacen las leyes, no los átomos), mientras no puede serlo en el mundo natural –como en cambio pretendía la filosofía negativa que desde Descartes conduce hasta los posmodernos. Todo esto implica dos cosas necesarias para nuestra investigación: primero que la ontología es un espacio sólido que no necesita de formas impuestas por la epistemología; segundo que, en general, para interactuar y vivir no se necesitan epistemología y conceptos. Estos últimos sirven a aquella función muy rara y especializada, propia de algunos seres vivientes, que lleva el nombre de “saber” (de hecho, entre las dimensiones del saber y del ser existe una desproporción que los constructivistas muestran parecen no querer tomar en cuenta: en realidad la dimensión del saber es enormemente más pequeña de la del ser).

No-enmendabilidad e interacción caracterizan a lo real como lo que nos da patadas, o nos escapa, o viene hacia nosotros. Se trata de lo que yo llamo *emergencia*, algo que en otro lugar⁵ he intentado condensar dentro de unos conceptos fundamentales: la *resistencia* y la *persistencia* que connotan al realismo negativo, cuya no-enmendabilidad hace que los individuos no desaparezcan de manera fácil;

⁵Ferraris, Maurizio (2016), *Emergenza*, Torino: Einaudi.

y las características del realismo positivo,⁶ variadamente vinculadas con la interacción: la *dirección* de un movimiento, la *fijación* de las huellas, la *invitación*, las *affordance* que derivan de los individuos (retomando el ejemplo propuesto por Eco, puedo usar un destornillador para abrir un paquete pero no para beber algo). No-enmendabilidad, interacción y emergencia definen a los caracteres de la *realidad* que precede la verdad. Entre la primera y la segunda se da una dependencia ontológica y lógica, así como una diferencia cronológica: si la realidad es sólo potencialmente relacional (si hubiera animales humanos entonces la realidad los tomaría a patadas y les diría “habla de mí”), la verdad misma es temáticamente relacional (en mi perspectiva, hay verdad si y sólo si hay humanos capaces de hacer la verdad). La diferencia y precedencia del ser con respecto al saber representa un a priori material más fuerte que cualquier a priori conceptual, y es igualmente material y no menos a priori del axioma por el cual no existe un color sin extensión. De hecho, si el conocimiento no hiciera referencia a algo más que lo precede entonces las palabras “sujeto”, “objeto”, “epistemología”, “ontología”, “conocimiento” y “reflexión” no tendrían sentido o, mejor dicho, se configurarían como inexplicables sinónimos.

En cuanto precedente e independiente con respecto a nuestro conocimiento, la realidad –de la cual somos parte– queda formada por individuos: unidades que son lo que son independientemente de algo más (sentidos, conceptos, experiencias precedentes). El primer carácter de los individuos consiste en su *exterioridad* con respecto a los otros individuos. “Exterior” se entiende con respecto a la epistemología, o sea como independencia no topológica sino funcional. Estamos rodeados por existencias separadas sobre las cuales, por la mayoría de los casos, no ejercemos ninguna influencia (y que, recíprocamente y afortunadamente, no ejercen influencia sobre

⁶ Ferraris, Maurizio (2013), *Realismo positivo*, Torino: Rosenberg & Sellier.

nosotros). A pesar de la opinión de Berkeley, y de sus muchos herederos, para existir no se necesita ser conocido ni conocer. Entre estos herederos se encuentran no sólo los partidarios de la hipoverdad sino también los de la hiperverdad. De hecho, ambos, aún según perspectivas diferentes (de izquierda a derecha los primeros, de derecha a izquierda los segundos) postulan una correlación analítica entre verdad y realidad.

Enunciadores de verdad

Los enunciadores de verdad llegan siempre segundos, por lo tanto su ámbito es la segundidad. El término *segundidad* tiene que ser comprendido en sentido ontológico y cronológico a la vez (algo que puede no parecer evidente en “la nieve es blanca” pero seguramente lo es en “la sal es cloruro de sodio”); de hecho, como hemos dicho, el saber – como es saber de algo– llega después de la cosa conocida. Saber que la nieve es blanca significa poseer el concepto de “nieve” y el de “blanco”, y ser capaces de vincularlos mediante un juicio que es verdadero si y sólo si la nieve es blanca. La *epistemología* es la dimensión en la cual se dan los juicios, y depende no sólo de la ontología sino también de la tecnología, que es la vía mediante la cual la epistemología accede a la ontología, y de la cual hablaré más adelante.

Si la ontología tenía que ver con la presencia y la ausencia, la epistemología toma en consideración la *verdad*, la *falsedad* y el no *saber* (lo que no es ni verdadero ni falso). No se trata de una dimensión inerte que se limita a reflejar todo lo que hay, sino de un ámbito en el cual se da la formación de los conceptos. El concepto de “número” o de “discapacitado” no existen en la naturaleza: constituyen el resultado de una selección y sedimentación cultural. Por ejemplo, el calórico y el flogisto sobreviven pero como nociones históricas y no físicas; y con el tiempo se producen nuevos conceptos. Por lo que concierne a los objetos sociales, los conceptos asumen un

valor no sólo descriptivo sino también performativo, y evidencian estratos ontológicos todavía sepultados: los trabajadores descubrirán ser víctimas del plusvalor, las personas negras descubrirán ser discriminadas y el burgués descubrirá haber hablado en prosa por toda su vida. Pero también en estos casos la verdad se refiere a un estrato ontológico diferente e independiente de la epistemología, que sólo se limita a proporcionar la forma. Los partidarios de la hipoverdad objetarían que sin epistemología no habría ontología porque los caracteres de los individuos quedan definidos por el saber y los conceptos. Pero este es un *nonsense* evidente; menos evidente es el *nonsense* de los partidarios de la hiperverdad, los cuales sostienen que se da simultaneidad entre ontología y epistemología: si la sal es cloruro de sodio, entonces es cierto que es cloruro de sodio aún no hubiera ser humano en la tierra, o si los humanos (por ejemplo Homero) no tuvieran conocimientos de química moderna.

Como parece raro que *en* el mundo de Homero –mejor dicho *en* la época de Homero y de sus contemporáneos– pueda ser verdadera la afirmación “la sal es cloruro de sodio”, muchos partidarios de la hiperverdad sostienen que es verdadera *del* mundo de Homero (o sea para nosotros que desde hoy miramos al mundo en el cual vivió Homero). Ahora, si con “mundo de Homero” se entiende el globo terráqueo, pues entonces no se trata del mundo de Homero más de cuanto no sea nuestro mundo o el mundo de cualquier persona: por lo tanto afirmar que la proposición “la sal es cloruro de sodio” es verdadera del mundo de Homero es afirmar un *nonsense*. Si, en cambio, se entiende la época de Homero, afirmar que “la sal es cloruro de sodio” es verdadera de la época de Homero, es falso. Ser verdadero (hoy) del mundo que conocemos, y que verosímilmente posee muchas características compartidas con el mundo en el cual vivió Homero –aún no tengamos ninguna certeza con respecto a esto– no equivale a ser verdadero (en aquel tiempo) en aquella que más correctamente hay que definir “época”, y que en sus características tiene las de ignorar que la sal es cloruro de sodio.

Como parece raro que afirmaciones como “la sal es cloruro de sodio” (por no hablar de afirmaciones como “el *stalking* es un delito”, “los cristianos observantes no comen carne los viernes”, “Nelson es el ganador de Trafalgar”) puedan tener un significado independiente de un lenguaje, y con esto de una humanidad, algunos partidarios de la hiperverdad insisten en la naturaleza no lingüística, sino lógica, de las proposiciones. Pero no cambia nada. No sólo porque muchas veces los partidarios de la hiperverdad hablan de proposiciones como si fueran expresiones lingüísticas (y sería complicado no hacerlo), sino sobre todo porque –como tendremos que ver dentro de poco– en mi teoría, que al final queda compartida por todos los filósofos platónicos, o sea la mayoría de los filósofos, la lógica, como la matemática y el lenguaje, es una técnica cuya existencia depende de la existencia de seres humanos. A menos que no seamos profundamente antropomórficos y de proyectar lejos en el tiempo las propiedades de nuestra casa, tenemos que reconocer que la afirmación “los dinosaurios existieron” hizo su aparición sólo en un determinado momento: antes existían los dinosaurios pero nadie lo sabía. Así, afirmar que para un griego de la época de Homero era verdadero que la sal es cloruro de sodio no es diferente de afirmar que es verdadera la afirmación “los dinosaurios existen” (a lo mejor junto con los unicornios).

La idea compartida es la de una correlación necesaria entre ontología y epistemología, y vale la pena observar que esta correlación (que es simultaneidad) quitaría a la epistemología todo su sentido. De hecho, casi la totalidad de las creencias de hace diez mil años por lo que sabemos han cambiado: Ramsés II nunca pensó de haber muerto de tuberculosis a pesar de que, según nuestros conocimientos, se murió precisamente de tuberculosis. Todo esto no vale sólo con respecto a los conocimientos científicos. Lo blanco de la nieve es un dato perceptivo que vale para los seres humanos pero no para los murciélagos. La afirmación no tiene nada de necesidad: si no hubiera seres humanos, la nieve mantendría todas sus propiedades

pero la afirmación “la nieve es blanca” no tendría lugar y aparecería sin sentido para los que no comparten la fe en la hiperverdad de una correlación analítica entre realidad y verdad. Y más si “la nieve es blanca” significara “la nieve aparece blanca para un sistema de percepciones como el de los humanos” o –todavía más complicado– “la nieve tiene la propiedad disposicional de aparecer blanca a un sistema de percepciones como el de los humanos”.

Como decíamos, la *segundidad es un carácter esencial de la verdad*. Queda claro que la verdad venga después de la realidad porque a esta última se refiere, de esta difiere y depende, y esto en base a una consideración cronológica: desde el punto de vista de la verdad, la realidad no constituye un punto de partida sino de llegada, algo que se consigue en un segundo momento (si todo va bien). De tal manera la verdad no resulta arqueológicamente fundada en la realidad: más bien es *teleológicamente orientada* hacia ella. La emergencia ontológica va desde el pasado hacia el presente, la operación epistemológica va desde el presente hacia el pasado. Adelantando lo que trataré en la última parte del ensayo, podemos afirmar que este es el principio del hacer la verdad: se trata de entender cómo están las cosas empezando desde una condición de no saber. Entonces, la verdad no se da junto con la realidad sino que la sigue. En este sentido la verdad se caracteriza por una dependencia final con respecto a la ontología (su fin es el de enunciar la verdad con respecto a la ontología), y una dependencia causal con respecto a la tecnología (sin una mínima forma de tecnología no hay verdad).

Si la ontología se compone de individuos, la epistemología hace referencia a *objetos* (*objectum*: algo puesto en frente). Pueden ser individuos canónicos, individuos *strictu sensu*, como en el caso de los *objetos naturales*, que existen en el espacio y en el tiempo independientemente de los sujetos que conocen, y en el caso de los *objetos sociales*, que existen en el espacio y en el tiempo pero dependiendo de los sujetos que conocen⁷ –de hecho los objetos sociales manifiestan una dependencia general de los sujetos, pero no particular; dependen

de los sujetos pero no de un sujeto en particular (10 euros no dejan de ser 10 euros si yo no sé que son 10 euros). Pero los objetos pueden ser también individuos atípicos, así como en el caso de los *objetos ideales* que, existiendo fuera del espacio y del tiempo independientemente de los sujetos, poseen un modo peculiar de existencia. Una cuarta (y última) familia de objetos epistemológicos queda constituida por los *artefactos*. Estos dependen de los sujetos con respecto a la producción (actuando de la misma manera que los objetos sociales) pero pueden seguir existiendo también en ausencia de sujetos (así como los objetos naturales).

Factores de verdad

Si la epistemología se refiere a lo que conocemos, o creemos conocer, entonces es una forma (sintaxis, juicio, concepto) y asume como valores lo verdadero y lo falso; y si la ontología se refiere a lo que hay, entonces es una fuerza (algo efectivo, actor: resistencia, no-enmendabilidad, etc.) y asume como valores lo existente y lo inexistente; entonces la *tecnología* hace referencia a lo que hacemos y asume como valores el *éxito* y el *fracaso* (o, si se prefiere la terminología de Austin⁸ —que resulta, es el caso de decirlo, infeliz— la felicidad o la infelicidad).

Si la ontología es una primeridad y la epistemología es una segundidad (como hace siempre referencia a una ontología), la tecnología es una *terceridad* en cuanto mediación entre la primera y la segunda.

⁷ Con respecto a estos, la epistemología añade sólo una propiedad externa: el hecho de ser reconocidos. En este sentido los objetos naturales son individualidades porque son conocidos como existentes en el espacio y en el tiempo, independientemente de los sujetos.

⁸ Austin, John Langshaw (1962), *How to Do Things with Words*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Habría motivos para decir que la tecnología es la segundidad y la ontología la terceridad, pero si prefiero mi versión es por tres razones: primero, me permite vincular otra vez la tecnología a la tradición de los “terceros”, de los medianos entre realidad y concepto tan presentes en la tradición filosófica (en orden de aparición: la *chora* en Platón, el esquema en Kant, la dialéctica en Hegel, la *différance* en Derrida); segundo, como es la cosa más interesante que quiero decir prefiero dejarla para el final; y por fin el tercero, o sea que se trata de un *devenir* que ya no es más un ser (que es o no es) y todavía no es un saber (que es verdadero o falso) sino un hacer en el cual se halla una pericia que puede –aún no necesariamente debe– engendrar una comprensión⁹ (mientras voy digitando estas palabras solo tengo una idea muy vaga de los mecanismos psicofísicos que reglamentan tal actividad; y si fuera un neurofisiólogo tampoco digitaría de manera mejor).

Con “tecnología” indico el amplio abanico de *acciones* que cumplimos de manera competente sin tener ningún conocimiento preliminar. Se trata de varias acciones, que van desde encender una chimenea sin tener nociones de física hasta el hablar un idioma sin conocer bien su gramática o sintaxis, y hasta el crear obras de arte sin saber explicar cómo han sido realizadas. En este sentido la tecnología tiene una relación privilegiada con la gestualidad (aunque se puedan dar tecnologías del pensamiento como la lógica, la mnemotécnica y la aritmética).

Se actúa antes de pensar y, así, se descubren nuevas verdades, mientras la comprensión queda necesariamente vinculada a la formulación de razonamientos analíticos que se mueven en la esfera de los conocimientos ya averiguados. Esta acción permite el emerger de la verdad: se trata de un saber que deriva del hacer, y no hay nada

⁹ Dennett, Daniel (2017), *From Bacteria To Bach and Back: The Evolution of Minds*, Cambridge, Mass.: Bradford Books/MIT Press.

raro o sorprendente (diferentemente de los juicios analíticos que constituyen un saber que emerge desde otro saber y no tiene nada de sorprendente). De hecho, el conocimiento es una *praxis* que puede implicar una *poiesis*, una aptitud práctica que produce un resultado: la abeja hace la miel, la termita el termitero, Michelangelo el Moisés, Maradona el gol. Pero la *poiesis*, acción más o menos ritualizada, puede ser también sin un porqué, así como nos enseñan las personas que dibujan un papel o juegan con el celular. Sin manos, y sin la experiencia del “manipular” y del agarrar con las manos, nunca hubiéramos tenido pensamiento; sin el conocimiento de la manualidad no hubiéramos tenido la comprensión.¹⁰ Las manos comprenden,¹¹ agarran (Hegel lo sabía muy bien y por esto reconoció en el término alemán *Begriff*, “concepto”, el heredero del verbo *greifen*, “agarrar”), indican, y que, indicando sin agarrar, usando gestos, dan comienzo a la producción de símbolos.

Hablar un idioma, encender el fuego, escribir una novela, hacer cuentas, interactuar socialmente: estas capacidades no usan esquemas conceptuales sino *esquemas interpretativos*, que en unos casos (como por ejemplo el de encontrar un cuadrifolio en un campo) son medianos entre concepto (abstracto y general) y percepción (concreta e individual). Pero en otros —o sea la mayoría— se aplican a percepciones u operan en el mundo independientemente de los conceptos. Estas circunstancias no poseen nada de sorprendente: contamos con una disposición que se manifiesta a partir de los más elementales aparatos y que evoluciona en formaciones de creciente complejidad. Así como una facultad reproductiva que traslada la ontología en la epistemología. De manera recíproca, la tecnología

¹⁰ McGinn, Colin (2015), *Prehension*, Cambridge, Mass.: The MIT Press.

¹¹ Aquí Ferraris hace referencia a la composición de la palabra italiana “*comprendere*” (“*com-prendere*”). “*Prendere*” en italiano significa precisamente tomar con las manos, agarrar (Nota del traductor).

no tiene relación solo con los remotos orígenes de lo humano, sino también con las realizaciones intelectuales más elevadas: la matemática y la lógica, la creación de los experimentos científicos y de las obras de arte, las acciones y los rituales que acompañan nuestra vida social.

Hermenéutica neorrealista

El esquema interpretativo no es simplemente un esquema conceptual (cualquier cosa se puede entender con esta expresión desesperadamente vaga) sino una norma práctica mediante la cual interactuamos con los individuos. En la mayoría de los casos las normas no se conocen y no quedan explicitadas (camino, juego con el gato, pido perdón), en otros sí son explícitas pero no por esta razón quedan “comprendidas”. ¿Qué comprendo, de verdad, cuando cuento los frijoles contenidos en el frasco? Sigo una regla (“suma uno”) que he aprendido cuando era niño. Al mismo tiempo la operación es una interpretación, y esto no porque vaya definiendo un horizonte conceptual sino porque realiza aquella función práctica que tradicionalmente pertenece a la hermenéutica, indicada, por esto, a través del lema *hermeneutikètechne*: la técnica de llevar mensajes, capaz de desempeñar una función mediana que ofrece un punto de conjunción entre el estrato ontológico del ser y el estrato epistemológico del saber.

Hermes es el mensajero de los dioses, y el hermeneuta es un cartero, un ser humano que ejercita la operación de llevar mensajes (un jeroglífico, una novela en idioma húngaro, una carta de amenazas o de amor) que casi nunca ha comprendido. Y todos los significados, antiguos y modernos, pueden ser fácilmente reconducidos a operaciones prácticas: la expresión (el significado de la *hermeneia* en Aristóteles) indica el sacar, la traducción es llevar, la comprensión es agarrar —una operación manual—, y la misma deconstrucción característica de las hermenéuticas de los siglos XIX y XX presenta

una evidente connotación técnica. Cuando propongo la interpretación entendida como operación quiero evidenciar dos aspectos: el primero es el carácter práctico de la interpretación, o sea el hecho de que se pueda dar sin comprensión, la cual sólo es una de las funciones tradicionales de la hermenéutica (según Platón los poetas son mensajeros [*hermenes*] de los dioses,¹² y considerando la muy poco valiosa opinión que tenía de los poetas, su definición no constituye un cumplido); el segundo es que esta operación permite juicios, o sea se puede transformar en epistemología. Considérese el caso de los juicios sintéticos a priori que constituyen el objetivo último de Kant: se trata de operaciones, como se ve en ejemplo propuesto por él ($7 + 5 = 12$), donde el 12 es sintético y no analítico porque no se puede deducir desde el 7 y el 5, y de hecho se puede llegar al mismo resultado sumando también el 6 y el 8, el 8 y el 4, etc. Si Kant estaba tan interesado en los juicios sintéticos a priori porque, en su concepción, estos dependían de conceptos independientes de la experiencia y por esto ciertos, nosotros podemos sin ningún problema observar que fructíferos e informativos juicios sintéticos a posteriori derivan precisamente de *operaciones*: logramos el número de frijoles mediante la regla “suma uno”; y muchas otras operaciones (por ejemplo, qué horas y cuánto pesamos) las recibimos por máquinas que no tienen algún concepto sino sólo mecanismos que regulan su funcionamiento.

Por un lado Kant nos propone una concepción híper-conceptualista (“las intuiciones sin concepto son ciegas”) que hace depender hasta la más vaga de las intuiciones del poseer conceptos. Y el mundo de Kant se compone de epistemología (los esquemas conceptuales mediante los cuales damos orden al mundo) y de ontología (el mundo que queda ordenado, y que nunca es realmente conocido como se compone de cosas en sí a las cuales accedemos sólo en forma de

¹² *Ion* 534 e.

fenómenos). Por otro lado, en el capítulo dedicado al esquematismo Kant habla de un tercer término hallado entre los conceptos y las intuiciones (o sea también entre epistemología y ontología): el esquema, definido como “técnica escondida” (*verborgene Kunst*, que usualmente queda traducido como “arte escondida”) y que realiza operaciones (Kant por esto lo define “método de construcción”).

Con el traducir la propuesta kantiana en mi terminología, en cambio de la sucesión epistemología/tecnología/ontología (además esta última inaccesible) propongo la sucesión ontología/tecnología/epistemología. Antes tenemos una ontología, individualidades que no son inaccesibles porque manifiestan características claras con respecto a la recíproca interacción y con nosotros. Antes que todos, tenemos individualidades, en el caso particular la nieve que posee propiedades independientemente de mí, de ustedes, de mi gato, etc.; esta es la ontología de lo que, más tarde, reconoceré como objeto natural. Luego tenemos los esquemas interpretativos, las operaciones que producen los acontecimientos, y que nada tienen de libre y subjetivo: miro la nieve a través de mi aparato visual y veo que es blanca (el lado operativo se hace más evidente si pensamos en la sal que tengo que saborear para percibir que es salado, o en los frijoles que tengo que contar). En fin, los juicios constituyen los objetos: la nieve es blanca; la sal es salada (y, más adelante, la sal es cloruro de sodio); los frijoles en este frasco son 22. Si dijera que la nieve es negra, que la sal es dulce y que los frijoles son 21, no se trataría sólo de una interpretación sino de un error. Y repito, cuando interpreto no aplico un esquema conceptual a un material informe (“no hay hechos sino solo interpretaciones”); más bien se trata de individualizar las emergencias de la ontología (las propiedades que la nieve, la sal o los frijoles poseen independientemente de mí) a través de los procesos tecnológicos (mirar, saborear, contar) que podrán, aún no necesariamente tendrán, dar lugar a juicios epistemológicos.

De tal manera la verdad tridimensional recupera la hermenéutica sin caer en el relativismo. El error de los posmodernos ha sido doble:

el de hacer de la hermenéutica una epistemología (el conjunto del conocimiento sería fruto de la interpretación) y una ontología (no hay hechos, sólo interpretaciones o, más humildemente, cada hecho queda sometido a una interpretación). Hay que substituir el hiperbólico (y falso) “no hay hechos sino sólo interpretaciones” con el principio por el cual la existencia de las interpretaciones no excluye la existencia de los hechos, de las individualidades y de los objetos. Aunque la idea de deshacer la verdad pueda aparecer atractiva y radical (y por esto, después de Nietzsche, ha capturado muchos filósofos y no filósofos), hacer la verdad aparece como una idea mejor aún, mucho más difícil considerando que el dicho “fácil es la crítica, difícil es el arte” se aplica también al arte de la interpretación.